

La autenticidad de Jesús

Una personalidad impactante

1. Es difícil determinar qué era lo que más impactaba a gente de la personalidad de Jesucristo. Cautivaba su paz interior y la serena majestad de su rostro. En sus parábolas y respuestas se vislumbraba una inteligencia lúcida y clarividente que causaba permanente asombro a sus interlocutores. Su voluntad estaba en todo momento concentrada y perfectamente bien orientada; Jesús desconocía la vacilación o el miedo, especialmente cuando estaba de por medio el testimonio de la verdad o el cumplimiento de la misión que le había confiado su Padre Celestial.

Era un hombre intenso. En su actuación brillaba el ardor de una santa pasión, que se reflejaba de muchas formas pero en particular en su mirada. Había en sus ojos algo dominante y arrollador, algo capaz de inflamar en multitud de almas un tierno amor o, por el contrario, suscitar el más vivo aborrecimiento. Conmovía a muchos con su delicadeza para tratar a los niños, a los enfermos, a los pobres... Sorprendía su formidable libertad de espíritu y su indiferencia, casi desprecio, ante las cosas más valoradas por los hombres: los bienes materiales, la opinión de los poderosos o los honores¹.

2. ¿Cuál de estos rasgos impresionaba más a la gente? Es difícil decirlo. Una cosa, sin embargo, puede afirmarse. A todos era evidente su *autenticidad*. Jesús desde siempre y en todo momento fue la misma persona, un hombre de una pieza. Nada, por tanto, más lejos de su vida que la *hipocresía*. Esa tendencia tan humana, tan nuestra, a las falsas apariencias, al engaño y a la mentira.

No sorprende, en consecuencia, que en diecisiete ocasiones consignen los Evangelios sinópticos su completo rechazo de este indigno comportamiento. Como en el fragmento de san Lucas que acabamos de escuchar: *¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no la viga que llevas en el tuyo? (...). ¡Hipócrita! Saca primero la viga que llevas en tu ojo y entonces podrás ver, para sacar la paja del ojo de tu hermano*².

No es posible leer estas palabras, sin imaginar las llamas de fuego que se desprenden de sus ojos y la severidad de su rostro. Una justa cólera que recuerda la ira de los antiguos profetas o aquella de Moisés cuando al bajar del monte se encuentra con la idolatría del pueblo que canta y baila ante el Becerro de oro y, lleno de indignación, arroja al suelo las Tablas de la Ley.

Máscaras teatrales

3. Cristo era auténtico, sin doblez ni engaño. El fariseísmo que tanto combatió, por el contrario, vivía de las falsas apariencias. Entre los griegos y en general en el mundo antiguo del Mediterráneo, *hypocrites* era el término para designar al actor que, por medio

¹ Cfr. K. ADAM, *Jesucristo, La fisonomía psíquica y mental de Cristo*, pp. 87-121.

² Evangelio, *Lucas* 6, 41-42.

de una máscara, se presentaba en el teatro como lo que no era en realidad. El Señor emplea una expresión muy dura para calificar este comportamiento de los fariseos. Son *sepulcros blanqueados, por fuera aparecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y podredumbre*³.

Cuántas veces nos ocurre a nosotros que nos dejamos envolver por este afán de impresionar y nos deslizamos suavemente hacia la falsedad. Santo Tomás enseña que la hipocresía es como *una mentira en acción*⁴. Un engaño que se reviste de todo un aparato externo para causar buena impresión, pero que no corresponde a la realidad. Y, por lo mismo, nos ata a la mentira y nos envilece. San Basilio, por su parte, escribía: *muchos sostienen en este mundo una vida teatral, llevando en el corazón una cosa totalmente diferente de la que ostentan en el rostro...* Y exhortaba: *¡Muéstrate tal cual eres!*

Edificar sobre roca

4. Amemos, por tanto, hermanos míos, la verdad; despojémonos de esas falsas plumas de avestruz, con las que imaginamos vernos mejor, cuando en realidad hacemos el ridículo. Y aprendamos a mostrarnos tal como somos, con naturalidad y sencillez, en todos los momentos de la vida. Eso alguna vez nos causará un mal rato, un bochorno. Será el momento de recordar lo que con sabiduría popular propone un refrán del norte del país: *más vale una vez colorado, que cien descolorido*.

El que se empeña por ser auténtico, aunque alguna vez quede mal, termina levantando el edificio de su existencia sobre la roca de la verdad. Y de esa forma, despliega armoniosamente su personalidad, inspirando respeto y simpatía en su entorno inmediato. Y, lo más importante, por actuar cara a Dios y no cara a la galería, se hará merecedor de la promesa de Jesús: *Tu Padre que ve lo secreto, te recompensará*⁵.

El estilo de la Sagrada Familia

5. Aprendamos del estilo de la Sagrada Familia. En la casa de Nazaret, entre Jesús, María y José, no hay teatro, no hay apariencias falsas. Todo es natural, espontáneo, luminoso, auténtico... Como el agua de un manantial, como la fruta fresca o el pan bueno.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 3 de marzo de 2019

³ *Mateo 23, 27.*

⁴ S. Th. II-II, q. 111, a.2

⁵ *Mateo 6, 4.*